

*LAS MONTAÑAS SIGUEN FIRMES
AUNQUE EL VIENTO A TRAVES
DEL TIEMPO GOLPEE SU FAZ
(La transhistoria de Zaratustra)*

Zaratustra es el filósofo que pregona la futura llegada del superhombre —superación del concepto humano tradicional, inmanente a todo individuo, aunque esta inmanencia sea anulada por la represión colectiva—, la muerte de Dios y de las virtudes totalizadoras. Friedrich Nietzsche se sirve de la boca de Zaratustra para atacar los diferentes elementos metafísicos imperantes en el mundo.

Zaratustra desciende de la soledad de las montañas en que medita para llevar su mensaje a los hombres. Sin embargo, se enfrenta a la cotidiana enajenación e ignorancia colectivas. No tiene auditorio para su palabra; son pocos los que se atreven a salir de la monótona unificación de deseos que caracteriza al “rebaño” social. Contempla la manera en que la plaza pública, las masas, sólo creen en lo ostentoso, en lo que hace mucho ruido; esto determina la existencia de un espíritu absoluto anidado en cada individuo que únicamente acepta un sí o un no categórico a sus preguntas. Este maniqueísmo deriva de la evasión de lo complejo y lo conflictivo que el “rebaño” efectúa. Así es como se busca la permanencia de un orden eterno rechazando el caos natural de la vida que, a fin de cuentas, permite según Zaratustra, la existencia de órdenes más variados y creativos. La colectividad, de esta forma, anula toda posibilidad de transgresión, de cuestionamiento de sus parámetros de dominación.

Del rebaño social surgen los denominados predicadores de la muerte y de la igualdad. Ellos son los que pregonan el olvido de la corporeidad y condenan la diferencia. Buscan aniquilar todo lo que no entre dentro de la normatividad cotidiana y los lineamientos colectivos. Desprecian los sentidos en la medida en que el uso de los propios les está vedado. Son producto de anteriores predicadores de virtudes globales y totalizadoras que, a los ojos de Zaratustra, no constituyen más que parte activa de la mediocridad. Virtudes que tienen la apariencia de ser grandes y perfectas, cuando en realidad, por su índole impositiva y de sumisión involuntaria, son las más pequeñas de todas.

En la colectividad el poder más grande que impera es el del bien y el del mal; éste

impide el establecimiento dentro de la humanidad de objetos particulares para cada uno de sus miembros. El bien y el mal, al constituirse como puntos unívocos de referencia, impiden al hombre cualquier valuación y cualificación creativa. La destrucción del poder del rebaño sólo es factible a través de la santificación del yo, evitando la santificación del tú (el amor al prójimo) que la sociedad impone ideológicamente con la intención de promover la huida de cada individuo de su propia interioridad. Esto no significa que se tenga que perder el sentido de comunión que puede existir entre los hombres en sus relaciones sinérgicas; el concepto de prójimo simplemente se transforma por el de amigo; esto involucra la existencia de un amor más identificado con la realidad determinada por la subjetividad de cada sujeto social; una amistad que entra dentro de los fundamentos del superhombre.

La metafísica predominante entre los hombres es contemplada como un recurso de los débiles; su creencia en otro mundo fuera de lo natural les permite falsificar la realidad y truncar las líneas de causalidad haciéndolas converger en una supuesta divinidad —origen y fin de todas las cosas—. Así es como se anula la voluntad; casi nadie tiene la capacidad de morir a tiempo; de aceptar la continua violentación de su existencia para volver a renacer en un proceso continuo de transformación. La muerte voluntaria (no necesariamente física, sino más bien intelectual) es satanizada como un atentado contra la moralidad prevaleciente. Ésta última sólo considera como válida a la más aparente de todas las muertes: la física e impuesta sobrenaturalmente.

Zaratustra descubre en el Estado, en el orden de regencia política de su momento —instante que no es otro a fin de cuentas sino el mismo que Nietzsche vive—, a un nuevo ídolo identificado con la predicación de la muerte y la igualdad. Poder que se empeña en preconizar la destrucción de la soledad, y que intenta invadir todos los terrenos del espíritu introspectivo para anularlos, haciendo apología de verdades megalómanas que sólo incursionan en la superficie del conocimiento. El individuo se ve reducido al manejo de niveles subhistóricos impidiéndosele un flujo continuo hacia niveles transhistóricos que le permitan tener una visión más amplia de su realidad.

Para Zaratustra “El hombre reflexivo no solamente debe saber amar a sus enemigos, sino también odiar a sus amigos”.¹ Así pues, el conflicto interno, proveniente del manejo intenso de toda la variedad de emociones a que el hombre tiene acceso, se extiende a las relaciones entre los individuos. De esta forma es como los momentos de armonía, de paz y aparente inmutabilidad que el sujeto social alcanza, no pueden ser eternos; en realidad, los instantes de guerra, de enfrentamiento dialéctico, que culminan finalmente en cierta paz, tienen que ser los más frecuentes para que sea factible la movilidad del conocimiento y la obtención de verdades cada vez más acabadas.

Las virtudes del conocimiento y el aprendizaje, bajo el clima de ignorancia que impera en el rebaño social, no pueden ser difundidas de manera democrática. Sólo los aptos para recibir el saber —todos aquéllos que por uno u otro motivo logran innovar y salir fuera de la absorción colectiva, que están en vías del superhombre— son los indicados para recibir el conocimiento de Zaratustra.

El superhombre es el creador por excelencia; es aquel ser que mediante el conocimiento, que la aceptación de su soledad le permite, llega a amarse y despreciarse a sí mismo. Esto le permite volar más allá de las adjetivaciones mundanas hacia la verdadera complejidad de las cosas; complejidad que implica la reducción continua a cenizas del propio individuo para posteriormente renacer dentro de un eterno ciclo

¹ Nietzsche, Friedrich: *Así hablaba Zaratustra*. México, Editorial Época, p. 69.

creativo. El creador, de esta forma, no queda circunscrito a jugar un solo personaje social; es hereje, hechicero, santo, adivino, loco, incrédulo, impío, malvado, inocente, etc.; circula dentro de su vida misma de acuerdo a cada momento particular, al cual se enfrenta.

El superhombre no pretende ser justo dando a cada uno lo que le corresponde. Es tan innovador y creativo que se compromete con sus existencia y se conforma con dar a cada uno lo suyo propio; aquello que deriva de su muy especial subjetividad. Así la justicia se integra sólo de acuerdo a la creación individual y no según la imposición colectiva.

El matrimonio es justo sólo en la medida en que cumple con la finalidad de ser el medio para la reproducción del superhombre. "No solamente se debe reproducir la raza, sino superarla. Para eso debe servir el jardín del matrimonio"² dice Zaratustra. El matrimonio concebido de este modo es potencialmente creativo; se busca la creación de un creador. No sólo la multiplicación, sino también la elevación.

La mujer como elemento esencial dentro de la relación matrimonial es punto de tratamiento especial por parte de Zaratustra. El fin máximo de la mujer es hacer nacer al superhombre; aunque, de acuerdo a la enajenación colectiva de la que ella es presa fácil (por la superficialidad en la que habitualmente vive) no puede entenderlo; sólo presiente la fuerza del hombre, pero no la comprende. Así pues, según Zaratustra, es inútil hablar con la mujer de ella misma y su esencia; exclusivamente los hombres pueden captar la filosofía de su existencia: la felicidad de la mujer está en función de la felicidad del hombre, y puede ser tan peligrosa en su mundanidad, derivada de su naturaleza biológica, sujeta a la tierra a causa de ser ella la portadora de los nuevos hombres, que la propia anciana, con la que Zaratustra dialoga sobre el tema, concluye: "¿Vas con las mujeres? ¡No olvides el látigo!".³

Zaratustra continuamente regresa a los niveles transhistóricos que la soledad de las montañas le permite manejar. Necesita clarificar el constante aprendizaje de que es objeto en el mundo subhistórico para tener acceso a la creatividad que pregona. Llega a concluir la negatividad de cualquier tipo de misericordia; el innovador no puede ser misericordioso en la medida que el amor que implica su creatividad va más allá de toda piedad; la creación destruye irremisiblemente lo previamente instaurado, con mayor razón si esto es débil.

La misericordia es promovida dentro del rebaño social por los sacerdotes y su preconización de falsos valores. La anulación de la verdad de los sentidos efectuada por la metafísica religiosa tradicional, ha derivado en la incapacidad humana de explotar la grandeza de sus facultades sensoriales. Los sacerdotes han promovido la vergüenza entre los hombres hacia lo que les es natural; hacia la capacidad íntima de vivir reconociéndose a sí mismo como entidades corpóreas e intelectuales que tienen una capacidad volitiva interminable; de ella deriva todo conocimiento y toda dinámica de la verdad.

El superhombre ejerce su voluntad con todo su vigor; destruye la inmutabilidad que la colectividad impone a través de los riesgos que corre en el afán de incrementar su poder individual, desenajenado. La vitalidad a la que el individuo tiene oportunidad de enfrentarse es asumida mediante la voluntad; las líneas de planificación causal rígidas, son rotas por el superhombre en la medida en que su propia fortaleza y creatividad le dan el camino natural a seguir sin necesidad de predeterminaciones absolutas.

² *Ibid.*, p. 61.

³ *Ibid.*, p. 59.

La estética para Zaratustra está vinculada al poder; lo poderoso es bello, puesto que es lo que más plenitud permite a los sentidos. El conocimiento, lo relativo al intelecto, es incrementado también en su dimensión estética de acuerdo al poder de la sensualidad y el reconocimiento de su fuerza. La libertad deriva de este compromiso con la voluntad y su querer; de esta unificación entre el panorama mental y el físico sin segmentar ninguna de sus facetas: la unidad del mundo sensible y el mundo inteligible se concreta gracias a la voluntad del superhombre, que rompe con las cadenas metafísicas de la represión y el deber ser. De este modo la única prudencia que Zaratustra pregona entre los hombres es la voluntad de no tomar precauciones:

Y el que no desee morir de sed entre los hombres, debe saber beber de todos los vasos... Si se ha de representar el espectáculo de la vida, es necesario representarlo bien, y para ello se necesitan buenos actores... el que quiera permanecer puro entre los hombres debe aprender a lavarse con agua sucia.⁴

La voluntad tiene tanto poder que transporta en su arrebató montañas y valles; tanto lo grande como lo pequeño. Por lo tanto el superhombre tiene que ser humilde, para tener la capacidad de reconocer lo pequeño de muchos de sus logros; aunque también tiene que ser honesto para poder comprender la magnitud inmensa de muchas de sus realizaciones.

Zaratustra es el hombre solitario que asume la muerte de Dios; ya no tiene la compañía de un espectador para sus aflicciones; él mismo tiene que sortear a través de su voluntad los muchos conflictos que enfrenta. Permanece en la soledad en tanto todavía no logra evadir la vergüenza que heredó de los humanos y la misericordia entre ellos tan anidada; elementos que le impiden lanzarse en búsqueda irrefrenable del superhombre.

La felicidad de Zaratustra es el cambio en sí mismo; no hay felicidad inmutable puesto que ésta deriva de la conflictuación de emociones y el rompimiento continuo de la eterna tela de araña de la razón. El iluminismo que el racionalismo predica como parte de la felicidad, no alcanza las profundidades del mundo de la creación; verdadero mundo que, a fin de cuentas, otorga una felicidad constante; felicidad identificada tanto con el dolor como con el placer, con el orden como con el caos, sin el divisionismo metafísico que por tanto tiempo contaminó maniqueísticamente el pensamiento occidental. El determinismo de la razón es destruido por la voluntad del superhombre sin necesidad de hacer converger todas las líneas de causalidad en una divinidad suprema. Las hace converger de manera independiente, de acuerdo a cada momento, en sí mismo y en su poder de innovación y modificación del medio.

El superhombre hace del amor un arte; de hecho la propia creación es un acto de amor que, ante todo, deriva de la introspección. Así, el amor no implica la necesidad de un vuelco sustancial de uno mismo hacia el exterior; el amor es muy interno y de ahí parte inmanentemente para el ejercicio de cualquier nivel de comunicación deseado. El espíritu de la pesadez, derivado de los valores aglutinantes que se imponen al individuo, convirtiendo con ello al hombre en su propia carga, es eliminado en la medida en que el amor del superhombre se expande por la tierra; entonces, la vida deja de ser pesada y se rompe la moralidad del bien y del mal; deja de existir una sola meta generalizante y la univocidad de la verdad típica de la colectividad enajenada. El

⁴ *Ibid.*, pp. 126-127.

superhombre violenta los caminos previamente trazados para delinear los suyos propios:

Yo he llegado a mi verdad por muchos caminos y en muchas formas; no he subido por una sola escala a la altura donde mis ojos pudieran contemplar la lejanía.⁵

La creatividad permite el eterno retorno de los momentos y sus contenidos. El devenir temporal del hombre es eterno; sin embargo, los momentos son finitos dentro de esta línea temporal; de esta manera los momentos se repiten continuamente en el círculo cerrado de su acontecer dentro de la eternidad. En cada momento comienza la existencia en la medida que todo ser nace y muere a cada instante; no sólo de manera física, sino también de manera intelectual.

El creador es el único capaz de conocer lo que es bueno y lo que es malo; tiene su propia escala de valores, la cual se encuentra en constante cambio y lucha contra la coacción social, la ley, el determinismo racional, etc. Sin embargo, evidentemente, el creador es sacrificado en honor de viejos ídolos que representan la manutención del orden prestablecido; esto sólo puede evitarse con el rompimiento de las viejas tablas de existencia; con la finalidad de instaurar nuevas tablas de nobleza y amor por la creación y las emociones. Esta anulación obliga al creador, asimismo, a que aniquile con saña a los incurables y parásitos dentro de la colectividad: “Y al que no enseñéis a volar, enseñadle al menos a caer más de prisa”.⁶

El encuentro de Zaratustra con el superhombre no se realiza sino hasta que él mismo pierde por completo su vergüenza ante los hombres y ofrenda abiertamente su conocimiento. El grito de angustia del hombre superior, que puede entrapar a Zaratustra en la misericordia que tanto busca evadir, es finalmente rechazado. Los diversos miembros que conforman al hombre superior —individuos que reconocen la predicación de Zaratustra como camino hacia un mundo nuevo— son contemplados a sus ojos como sacrificables; como superables aún. Zaratustra no puede mantener a nadie bajo su dominio eterno. Parte de las montañas hacia la creación de nuevos hombres superiores; en busca del superhombre y del arte de la comunicación vital.

⁵ *Ibid.*, p. 173.

⁶ *Ibid.*, p. 187.